

**BOLETIN ECLESIASTICO**

DEL

**OBISPADO DE PLASENCIA.**

Esta publicacion oficial tiene por objeto el facilitar el gobierno de la Diócesis. Saldrá dos veces al mes, en los dias que disponga el Prelado. Se harán las suscripciones en la Secretaría de Cámara á DIEZ REALES cada semestre adelantados, y tambien las reclamaciones de los números que no lleguen á su destino.

**CARTA PASTORAL**

QUE EL ILMO. SR.

**D. GREGORIO MARIA LOPEZ Y ZARAGOZA,****OBISPO DE PLASENCIA,**

dirije á sus Diocesanos, al ingresar en su Pontificado,

en marzo de 1864.

## NOS D. GREGORIO MARIA LOPEZ Y ZARAGOZA,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA,  
OBISPO DE PLASENCIA, DEL CONSEJO DE S. M., ETC., ETC.

*Á nuestro venerable Dean y Cabildo, Clero  
y fieles de esta Diócesis.*

**A**L dirijirnos por primera vez á vosotros, nuestros ya queridos hijos en Jesucristo, no es justo os ocultemos la presion que en estos momentos sufre nuestro corazon, producida por el choque de dos encontrados sentimientos á la vez: de alegria y muy debida el uno, y de tristeza y muy justa el otro. Las pruebas inequívocas de consideracion y aprecio que con generosidad é hidalguía nos dispensásteis en otro tiempo, y que conservamos grabadas en nuestro pecho; las demostraciones no comunes de júbilo y contento que escitó en vosotros el simple anuncio de nuestra inmerecida elevacion á esta Silla Episcopal, donde han brillado, desde el esclarecido S. Epitacio, tantos y tan virtuosos Prelados, y á cuyo lustre y esplendor consagramos Nos tambien las primicias de nuestra carrera pública; el vivo interés y santa impaciencia con que habeis deseado se abreviase nuestro regreso á esta ciudad despues de veinte y ocho años de ausencia; y la sensible emocion que hemos tenido ocasion de advertir en los semblantes de todos, desde que pisamos los límites de la diócesis, todo esto, repetimos, es un motivo plausible para que nuestro corazon participe de la alegria y satisfaccion que inunda los vuestros.

Más al reflexionar atentamente regresamos á una ciudad de la que salimos en medio de sollozos, lágrimas y suspiros, producidos por la separacion de un ilustre Prelado, arrancado de esta misma Silla en dias que pasaron para no volver mas; al presentarse á nuestra imaginacion las interesantes escenas de compasion y amor que espresaba la generalidad de esta poblacion, como testimonio de su veneracion y aprecio al Pastor que no habian de ver mas; al recordar la no pequeña parte que tuvimos en la traslacion de su cadáver á donde de derecho le correspondia (y donde Dios mediante se unirá con el nuestro); al tocar, por último, y orar fervientemente sobre la fria losa que cubre la heróica fortaleza con que defendió los derechos de la Iglesia, la imperturbable serenidad con que sufrió las vejaciones, desprecios é injurias de los enemigos de Dios, y la paciencia invicta con que toleró las prolongadas enfermedades físicas y morales de que en ocasiones fuimos testigos, estos recuerdos, decimos, nos consternan y entristecen en gran manera; y si Dios no nos concediese sus auxilios y gracia, ciertamente quedaríamos sumidos en un mar de angustia y envueltos en nuestra propia pequeñez, quedaríamos imposibilitados y sin accion para poder hablaros.

Permitidnos este tierno desahogo, que como justo tributo reclama hoy de Nos la memoria de un Prelado á quien debimos la confianza de amigo, el cariño de hermano y el amor de padre; y corriendo un velo á lo pasado para no volverle á levantar, ocupémonos de vosotros, á quien nos envia el Señor como Padre y como Pastor.

En ambos conceptos nos encarga vuestras almas, anunciándonos hemos de responder de ellas ante su Sa-

premo Tribunal. ¡Cargo terrible, queridos hijos! para cuyo fiel desempeño se necesita gracia especial y continua asistencia del Espíritu Santo. Ojalá se nos concedan una y otra, para poder decir al terminar nuestra existencia con ánimo sereno y con la tranquilidad propia de los que han cumplido sus deberes: «Aquí teneis, Señor, el rebaño encomendado á Nos, sin que tengamos que lamentar la pérdida de una sola oveja, porque obedientes todas á nuestras amonestaciones, sumisas á nuestros mandatos, y dóciles para caminar por las sendas marcadas, han atravesado el desierto de este mundo sin herirse con las espinas de las riquezas, sin mancharse con el lodo de los placeres, y sin emponzoñarse con las inmundas aguas de la voluptuosidad que contienen sus asquerosas cisternas.» Pluguiese á Dios podamos asegurar esto mismo en aquella hora, como tan de veras lo deseamos en la presente; pero tememos, y tememos con fundamento, sean irrealizables nuestros deseos, al observar el caracter distintivo y peculiar de la sociedad actual en general, tan opuesto, tan contrario al espíritu del Evangelio, código venerando y sagrado por donde Nos, vosotros, y todos hemos de ser juzgados.

Cierto es por desgracia atravesamos tiempos tan peligrosos como los de que nos habla el Apóstol San Pedro en su segunda carta, cuya descripción vemos copiada en no pocos de los que, abandonando la ley santa de Dios, y sustituyéndola con la de sus pasiones y apetitos, viven sin querer entender para no obrar bien. «Aparecerán entre vosotros, dice, falsos doctores, que usando de fingidas palabras y estudiadas mentiras, comerciarán con vuestra credulidad: estos son los que sin otra ley que los apetitos desordenados de su carne corrompida, se alimentan con deseos impuros, resisten osados toda

dependencia, y pagados de sí mismos no se ocupan mas que de introducir nuevas sectas, llenas de fábulas y sofismas. Estos los que, á semejanza de las bestias, no buscan otra cosa que satisfacer su sensualidad, cifrando toda su dicha en contaminar con la crápula y ebriedad hasta las mesas de sus convites. Estos los que, no respirando sino adulterios y cinismo, abrasados en la ardiente llama de sus detestables pasiones, atrayendo con sus finjidos halagos á las almas débiles é inconstantes, y ejercitando con ellas el execrable tráfico de su insaciable avaricia, las separan del camino de la verdad y de la doctrina de Jesucristo. Estos son en fin, los que con el arrogante lenguaje de su orgullo satánico, y el carácter que les distingue de ser solamente constantes en su propia inconstancia, y prometiendo una mentida libertad cuando ellos son esclavos de la corrupcion, y despreciando toda dependencia divina y humana, roban innumerables almas á Jesucristo. Estad alerta, concluye el santo Apóstol, para que no decaigais de la firmeza de vuestra fé con los sofismas de estos impostores, ni seais engañados por la astucia de estos impíos, que blasfemando de lo que ignoran, perecerán en su perdicion.»

Desgraciadamente tenemos á la vista una copia exacta de esos hombres, que da á conocer el Príncipe de los Apóstoles, toda vez que existen entre nosotros *falsos maestros*, que enseñando teorías especiosas, alucinan con ellas á los incautos para separarlos del camino de la verdad; *apóstoles del error*, que con palabras dolorosas y estudiados ardides pervierten á los sencillos; *hombres desmoralizados* y sin pudor, cuyo lema no es otro que el interés y la voluptuosidad, su ocupacion los gocees materiales, y su lenguaje el cinismo y procacidad; *hombres sin religion*, para quienes los dogmas veneran-

dos de la inmortalidad del alma, de una otra vida, y de los premios y castigos en ella, son una mentira; *hombres, en fin*, que en espresion del Apóstol San Judas, se distinguen y dan á conocer en todas partes por la contaminacion de su carne, por el desprecio de toda autoridad, y por las horrendas blasfemias contra la Magestad de nuestro Dios. Con tamaña subversion de ideas en el órden religioso y social, de temer es un desquiciamiento general, que nos haga lamentar consecuencias de la mayor trascendencia, y acaso irremediabiles.

Con mano trémula y el corazon angustiado hemos trazado estas ligeras líneas, que indican el cuadro sombrío de males gravísimos, cuya sola vista nos desanima, como desanima á un niño el insoportable peso de una carga que ha de conducir, careciendo de las fuerzas necesarias. Niño y muy pequeño Nos, y el menor sin duda en el ministerio Pastoral; sin esperiencia, sin virtud, sin ciencia ni otras cualidades precisas para obrar, vacilaríamos en gran manera, sin saber el partido que adoptar en tan graves circunstancias, si no descubriésemos un camino seguro que la Providencia nos traza para que le sigamos sin tropiezo.

Elejido Nos por Dios para allegar nuestras débiles fuerzas á las robustas de nuestros venerables hermanos en el Episcopado, sostener unidos las batallas del Señor, y arrancar la cizaña que en el hermoso campo de la Iglesia siembra de continuo el hombre enemigo, desde luego nos ponemos á su lado, y nos resolvemos á seguir sus pasos haciendo nuestras sus disposiciones, nuestros sus proyectos y nuestras cuantas medidas tengan á bien adoptar como fruto de su saber y esperiencia. Sellados todos sus actos con estas dos cualidades, á pesar de la gravedad que caracteriza los males que tocamos, y no

obstante la enfermedad que trabaja á la sociedad, cuyo carácter contagioso infunde sérios temores, con todo, la llaga no les parece incurable, y aun hallan resina y médicos en Galaad, no solo para sanarla, sino para preservar á las generaciones venideras. Dos palabras han salido de sus autorizados lábios, como medicina eficazísima para curar la herida cancerada que corroe la sociedad, y que aplicada en la actualidad con el celo que les distingue tienen el inesplicable placer de verla cicatrizar. Santificación del clero por medio de ejercicios espirituales, santificación del pueblo por medio de Misiones, han dicho, es el remedio especial para ocurrir á la necesidad social de actualidad; fundando sus esperanzas para el porvenir, y como el mejor preservativo, en la buena organizacion de los Seminarios Conciliares. Pensamiento eminentemente católico-social, que desde luego acojemos con toda nuestra alma, ya por los frutos abundantísimos que está dando en otras diócesis, ya por los no menores que esperamos en la nuestra. Fijemos principios y discurremos.

Bien sabeis, amados hermanos, que la sociedad general se compone de la doméstica ó de familia; y en tanto aquella será buena ó mala, en cuanto esta lo sea, puesto que constituyendo la base en su origen, sigue naturalmente las mismas condiciones y la razon de su propio ser. Fórmense buenos padres de familia, en quienes sus hijos vean principios religiosos, interesados por su educacion cristiana, ocupados con asiduidad en sus respectivos oficios, cuidadosos del bienestar de su familia, honrados, fieles, caritativos, y estos mismos hijos, enalteciendo el nombre de los que les dieron el sér, transmitirán á las generaciones futuras sus buenos ejemplos. Pues multiplicad estas condiciones, y su número cons-

tituirá una sociedad general modelo: tan cierto es que de la educacion que se recibe en el hogar doméstico depende la felicidad de las naciones. Pero ¿quién educa, direis, quién instruye, quién alecciona á esos padres, para que sean los maestros de sus hijos y los formen como se desea? ¿Quién? *El Clero*, no vacilamos en decirlo: pero el Clero virtuoso y sábio, este es la verdadera medicina á la que ninguna enfermedad se resiste. Investido con poderes especiales, aparece entre sus semejantes ejerciendo la virtud que ha recibido de lo alto; y aquí cura paralíticos que yacian muchos años en la camilla de sus pecados; allí abre los oidos á los sordos voluntarios que los habian cerrado á los avisos amorosos de Dios; en esta parte restituye la vista á no pocos ciegos, que conducidos por sus pasiones se hallaban al borde de un abismo de perdicion; en la otra resucita á muchos que sepultados en la fosa de sus maldades, habian muerto á la gracia; y por todas hace sentir la consoladora influencia de su elevado ministerio. Relacionado necesariamente por su mision con todas las clases y condiciones de que se compone la sociedad, se halla en contacto con el encanecido anciano y el párvulo balbuciente, con el señor y el criado, con el opulento y el pobre; y por su condicion de consejero, amigo y director, ya pisa el pavimento alfombrado del rico capitalista que le busca, como el húmedo é insalubre suelo del honrado artesano que le necesita; y si ahora prodiga consejos, responde á consultas y es el elemento de conciliacion para una eminencia social, despues sirve de ojo al ciego, de báculo al anciano, y de consuelo y solaz al huérfano, á la viuda y al pupilo: tan cierto es, lo repetimos, que el Clero, y solo el Clero virtuoso é instruído, es á la vez el remedio y salvaguardia de la sociedad;

por eso deseamos que el de nuestra Diócesis prosiga con celo ardoroso en el cumplimiento de sus deberes.

Comprendemos bien, amadísimos cooperadores, vivís en un mundo corrompido y corruptor, lleno de peligros, abundante en tentaciones y sembrado de innumerables escollos, donde con frecuencia naufraga y se pierde la gracia; sabemos los trabajos, tristezas y amarguras que á cada momento teneis que sufrir, como consiguientes á vuestro delicado cargo; y no ignoramos la difícilísima posición en que con repetición os hallais, para no faltar á Dios por complacer á los hombres: pero por lo mismo necesitais fortaleceros de continuo para no desmayar, vivificaros para no decaer, y robusteceros para contrarrestar la multitud de obstáculos que á cada paso se os presenta en el ejercicio práctico de vuestros deberes. Estado tan digno de atención reclama necesariamente caudal de gracias y dones para hacer frente y triunfar: pues bien, en los santos ejercicios os enriqueceréis de unas y otros, puesto que Dios los concede en ellos abundantemente, cualquiera que sean las condiciones en que os encontreis. Supongamos que satisfechos de vuestra conducta, é infatigables en el cumplimiento del ministerio sacerdotal, nada os reprenda vuestra conciencia, y que santamente ocupados de continuo en las augustas funciones anejas al mismo llenais con perfección los deberes y obligaciones propias de ministros ejemplares; aun así debeis reconocer la utilidad inmensa de los santos ejercicios, aunque no sea sino para vacar algún tiempo á esas mismas ocupaciones, buenas en sí mismas, y escelentes por sus mejores resultados: oidnos un momento.

Nos refiere el Evangelista S. Mateo, que habiendo llamado nuestro amabilísimo Redentor a sus doce Após-

toles, los envió á predicar por todas partes: lo hicieron así, inculcando á todos la penitencia como preparacion para el bautismo que habian de recibir, y con la potestad que les habia dado lanzaban los demonios, y curaban á muchos enfermos ungiéndolos con óleo. Vuelto á su Maestro le contaron lo que habian hecho y enseñado; y cuando preparados se hallaban para continuar su divina mision, *venid, les dice, separémonos de las turbas, y subamos á la soledad para que descanséis alguntanto.* Ya veis, amadísimos Sacerdotes, cómo los Apóstoles interrumpen su santa ocupacion, cómo suspenden su ferviente celo, cómo cesan en una obra tan santa y del agrado de Dios, y obedeciendo á su Maestro, y separándose de las gentes, y abandonando las poblaciones, se retiran á la soledad para dedicarse á la santa oracion, hablar con Dios, pedirle auxilios, demandar gracias, y obtener por este medio nuevas fuerzas para proseguir su santo ministerio. El ejemplo del divino Maestro proporcionando á sus discípulos algun reposo en medio de sus tareas, instruye á los Prelados, dice el Cardenal Cayetano, de lo que deben hacer con su Clero; así como este no debe olvidar la utilidad que le proporciona el hablar con Dios en los santos ejercicios, aun cuando tuviese la pretension de igualarse en ardoroso celo al de los Apóstoles; aparte de la necesidad que tiene, si flaco y defectuoso conoce debe mejorar sus condiciones.

No ignorais, Ministros del Señor, que sois los *miembros* mas santos de la Iglesia por la excelencia de vuestro carácter sagrado, los *dispensadores* de los misterios de Dios, los *guias* del pueblo cristiano, los *mediadores* entre Dios y los hombres, y las *antorchas* encendidas puestas sobre el candelero para iluminar á los fieles;

para conservar ilesas tan relevantes cualidades, y mover á la piedad cristiana con una vida intachable y buen ejemplo, la esperiencia nos dice, que muchos varones espirituales, interesados en no menoscabar en nada la dignidad y santidad del Sacerdocio, han creído de necesidad vacar algunos dias á las ocupaciones de su ministerio, y separados del comercio de las gentes practicar ejercicios espirituales, bien persuadidos que en ellos se limpian de la inmundicia del polvo mundano, reparan las quiebras del espíritu eclesiástico, se elevan á la contemplacion de las cosas divinas, y establecen con resolucion la regla de vida que han de observar para conseguir el importantísimo negocio de su salvacion. temerosos no les suceda en verdad, lo que temia el Apóstol de las gentes cuando decia: «Castigo mi cuerpo y hago penitencia, no sea que cuando á otros predico, yo mismo sea reprobado.» ¿Y quién de vosotros, preguntaremos, está tan seguro que no tema la misma reprobacion? ¿Quién tan olvidado de sus culpas, que no se suponga obligado á llorarlas dia y noche á ejemplo del Real Profeta? ¿Quién tan lleno de presuncion, que no necesite reparar dias, meses y acaso años perdidos en una vida disipada, ó tibia cuando menos, y llena de innumerables defectos? ¿Quién, por último, será el que, creyéndose justificado, no necesite justificarse mas y mas?

Contraigámonos únicamente á aquellos dias en que os dispusisteis para ser elevados, y sin merecerlo, á la sublime y nunca bastantemente encomiada dignidad Sacerdotal, y recordad el en que por la vez primera hicisteis bajar á vuestras manos á Jesucristo Dios y hombre verdadero. ¿Conservais aquel temor reverencial que os causó tal maravilla? ¿Poseeis acaso la tierna y afec-

tuosa devocion que este sublime acto produjo en vosotros? ¿No ha decaido aquel primitivo fervor, y se ha entibiado con el tiempo, evaporándose acaso en proporcion que la costumbre os ha hecho familiar el trato y comunicacion con Jesus Sacramentado? ¿No ha desaparecido aquella inefable alegría que inspiró en vosotros la union íntima del que, sumiso á vuestra voz, forma sus delicias en habitar diariamente en vuestro pecho? ¿No...? Pero á qué evocar mas recuerdos: respondednos con la mano puesta sobre el corazon si no ha habido faltas que debeis reparar, ingraticudes que llorar, tibieza que detestar, descuidos que lamentar y apatía que remediar. Una nave, si no se carena á tiempo, se sumerje en el profundo del mar; un palacio, si no se repara, viene á convertirse en un monton de escombros. ¿Y cuál es originariamente la causa? La nave naufraga por no haber cubierto una pequeña hendidura producida por la falta de un clavo consumido por el orin; el palacio se arruina por haber descuidado una al parecer insignificante gotera, que remediada con oportunidad hubiera evitado su hundimiento. ¿Y quién de vosotros estará libre de defectos graves, cuyo principio tal vez fué la inaccion de un solo dia, pero que no corregida, vino á formar la ociosidad, madre de todos los pecados? ¿Quién no tendrá que lamentar la única ruina, que es la pérdida de la gracia, y cuyo oríjen fué un descuido en los sentidos, pero no encomendado quedaron abiertos como puertas francas por donde entró la muerte? ¡Ah, carísimos sacerdotes! Preciso es convengais en la necesidad de reparar estas faltas, de adquirir nuevas fuerzas que os preserven, y de ocuparos con solicitud en pedir á Dios los auxilios oportunos, para corresponder con fidelidad á la altísima dignidad á que os sublimó. ¿Y dónde po-

deis practicarlo mejor, con mas tranquilidad y fruto que en los ejercicios espirituales? Ciertamente que por las gracias y favores que Dios comunica en ellos, son á no dudarlo el medio mas á propósito para adquirir vuestra santificacion, así como las santas Misiones es el mas eficaz para que los fieles logren la suya.

Es la Mision, amadísimos hijos nuestros, una gracia particular que Dios nuestro Señor otorga á los habitantes de cualquiera poblacion donde se verifica; es una visita amorosa con la que quiere ostentar su grande misericordia; es una embajada celestial y divina, cometida á los Sacerdotes como legados suyos, quienes pueden repetir con el Apóstol San Pablo: «Somos enviados de Dios, y sus embajadores destinados para obrar la salvacion de las almas, redimidas con la sangre preciosísima de Jesucristo.» Cuán acepto sea este ejercicio de ardentísima caridad á los ojos de Dios nuestro Señor, nos lo dice S. Dionisio al enumerar entre las cosas divinas, como la mas divina, cooperar á la salvacion de las almas.

Debiendo Nos mismo responder en la presencia de Dios de todas y cada una de las vuestras, ¿extrañareis adoptemos cuantos medios estén á nuestro alcance para no tener que lamentar otro dia la pérdida de una sola? Por eso el mas conveniente á nuestro juicio, el mas útil, el mas eficaz, y aun el mas necesario, es el establecimiento de las santas Misiones. Contienen estas una gracia particular que llevan en sí mismas, y las concede el Señor tanta virtud y eficacia, que la palabra Mision es igual á confesion, es lo mismo que reformation, es sinónimo de conversion. Angústiense los pusilánimes al ocuparse de tantos desórdenes como diariamente tienen ante sus ojos; clamen en alta voz los que divisan un abismo insondable de desgracias, como resultado de la indife-

ferencia religiosa de que hace alarde una parte de la presente generacion; y digan unos y otros, poseidos de un terror pánico, que estamos abocados á un cataclismo horroroso, y cuyo único término no puede ser otro que la destruccion completa de la sociedad; que Nos, lleno de fé y esperiencia, contestaremos á todos que las Misiones son el medio efficacísimo para remediar los graves males que presagian.

No es este un aserto gratuito ni una suposicion arbitraria; y puesto que vivimos en un siglo en que la lógica mas poderosa son los hechos, á ellos apelamos Nos en estos momentos. Hablen las ciudades, villas, pueblos y aldeas donde han tenido lugar aquellas; y las estensas cuanto minuciosas descripciones del abundante fruto espiritual, que vuelan de lábio en lábio; atestiguan nuestro aserto; y la paz y armonía en que quedan sus moradores lo comprueban; y los amancebamientos cortados, y las enemistades concluidas, y los ódios y rencores acabados, y las restituciones, y el mútuo perdon, y la reforma del lenguaje asqueroso é impío, y la observancia de los preceptos de la Ley de Dios y de la Iglesia, lo corroboran; y los hombres mas viciosos corregidos, y las mugeres mas escandalosas enmendadas, y cuantos vivian licenciosamente y sin freno, reconociendo sus yerros, detestándolos y llorándolos amargamente, hablan mas alto que Nos pudiéramos hacerlo. ¿Y quién, preguntamos obra esta notable al par que maravillosa trasformacion? Las Misiones, no lo dudeis. Ellas son el específico mas propio para los males de todos tiempos; pero muy especialmente para los actuales; y por cancelados que se hallen los corazones, por duros é insensibles que gratuitamente se les considere, ninguno se resiste á la mocion que causan las Misiones. Como una

parte mas inhumana de la sociedad son tenidos los que por sus crímenes y delitos cumplen, en los locales destinados por la justicia humana, las respectivas penas corporales que las leyes prescriben; y el solo nombre de presidio asusta, estremece y aterra: pues bien, al terminar la Mision en uno de estos lugares de expiacion, quedaron aquellos no solo curados y consolados de sus males morales por el Sacramento de la Penitencia, y robustecidas sus almas con el de la sagrada Comunión, sino que la paz y union entre todos fué el lazo con que quedaron aprisionados; siendo tanta su docilidad y sumision á los gefes de aquel establecimiento, que no dudó asegurar el principal de ellos era innecesaria la fuerza armada que los custodiaba, si la presencia de uno de los Misioneros no faltaba. ¿Quién, volvemos á preguntar, forma un cambio tan prodigioso? Las Misiones.

¿Y cómo no ha de ser así? ¿Es por ventura otra cosa la palabra Divina, que una cortante espada que penetra hasta lo íntimo del corazon? ¿No contiene tal virtud que con ella se conquistó el mundo, limpiándole de los errores groseros de la idolatria? Recordad, queridos hijos, lo que en tan repetidas ocasiones habeis oido á vuestros celosos Párrocos, á saber: que la palabra divina es una semilla á la que Dios concede el incremento y el fruto; esparcida por los Misioneros en los corazones de los fieles, aparece como cuchillo afilado para unos, y corta las relaciones ilícitas, que envejecidas por los muchos años sus raíces eran muy profundas; como bálsamo suave y oloroso para otros, dulcifica las penas y amarguras inherentes á la condicion humana; y como antorcha luminosa para muchos, que aleja las tinieblas de la ignorancia (verdadero mal actual), ven con ella, tocan por si mismos y comprenden los misterios que antes no en-

tendian, los Sacramentos que sin conocer negaban, las prácticas religiosas, y hasta las obligaciones propias de su estado, que les eran estrañas. ¿Y sabeis por qué en tan corto tiempo como dura una Mision se recoje tan abundante fruto? Dos cosas son sin duda los agentes poderosos que le producen: *primera*, la avidez con que los pueblos, sin distincion, desean oir la palabra de Dios, de la que tienen hambre; y *segunda*, la suma sencillez y claridad con que se espone en las Misiones á toda clase de personas. Por eso no es de estrañar en verdad, que deseosos de oir las verdades eternas, tan necesarias para separar al hombre de sus estravíos y mala vida y llamarle eficazmente á su interior, deduzca naturalmente la estrecha obligacion en que se halla de despreciar la caducidad y vileza de este mundo, cuya figura pasa, en espresion de San Pablo, y aspire con todas sus fuerzas á la consecucion de la pátria celestial, para que ha sido criado, y cuya duracion es permanente y eterna. Tampoco lo es el que esplicando lo que el hombre debe creer, obrar, esperar y pedir, pero con un lenguaje propio de niños, con frases triviales y al alcance de todas las inteligencias, con símiles adecuados, y con ejemplos oportunos y fáciles de recordar, haya muchas personas que salgan de los errores en que estaban, recuerden los dogmas de nuestra religion, queden perfectamente instruidos en sus deberes como cristianos y como ciudadanos, reportando como fruto de su asistencia á las santas Misiones su propia justificacion.

No lo dudeis, amadisimos hermanos, las Misiones son el remedio esclusivo para santificar á los pueblos, puesto, que como escribia un protestante, ellas *des-hacen en ocho dias los trabajos que el Demonio hace en cincuenta años*. Convencidos están de ser así los hom-

bres pensadores y que desean de corazón el bien de la sociedad; convencidos están nuestros ilustres hermanos en el cargo Pastoral, por haberlo tocado prácticamente como Nos; y convencida se hallaba también S. M. la Reina nuestra Señora (q. D. g.) cuando al saber se disponía fuerza armada para contener los desmanes de cierta población, dijo con esa superior inteligencia, ilustrada por la fé viva, que tanto la honra: *Misiones y no bayonetas es lo que se necesita*. Convengamos en que las Misiones son el medio efficacísimo para curar los males actuales que trabajan la sociedad, así como Nos creemos es el mejor preservativo de los futuros, los Seminarios.

Ni soy profeta, ni hijo de profeta, escribía el tristemente célebre Lamennais en su opúsculo «Caracteres del Siglo XIX,» pero cuando advierto el cielo cargado de nubes, dice, y á lo lejos se vislumbran los fulgores del relámpago al través de la obscuridad, y en confuso se percibe el sordo ruido del trueno, bien puede asegurarse que no está lejos una gran tempestad. Tampoco Nos aspiramos al don de profecía, pero hay cosas tan naturales que su resultado es necesario, sin que dé lugar á investigaciones ni cálculos. Si las espesas y abultadas nubes de errores que amenazan á la sociedad no se disipan con el aura suavísima de la virtud y la irresistible lógica de la verdadera ciencia, fundada en los principios de eterna Justicia, bien podremos pronosticar, aunque con indecible amargura, un aluvion de males gravísimos y de consecuencias funestas en extremo. Por eso es, por lo que nuestros venerables hermanos unánimes, como no podían menos de estarlo, han trabajado y trabajan con una asiduidad y desvelos dignos de todo encomio, por hacer de los Seminarios una base solidísima sobre la cual ha de formarse el Clero *virtuoso é ilustrado*, que ha de dirigir la sociedad que hoy nace,

pero que lleba en sí misma los gérmenes maléficos de la que la engendra. Aprovechando Nos el fruto de sus tareas, le aplicaremos gustoso al que el Señor ha puesto á nuestro cuidado y direccion.

Llamados estos establecimientos en todo tiempo á ser elevados á la altura que su institucion reclama, hoy mas que nunca hay una imperiosa necesidad de constituirlos en preservativo para el porvenir, colocándolos al frente de escuelas escépticas y materialistas, como planteles de virtud y ciencia de donde han de salir los defensores de la Religion y la moral. Por eso cuidaremos de elegir maestros que á su virtud y espíritu eclesiástico acompañen no solo los conocimientos propios para el alto Ministerio á que se dedican los jóvenes levitas, y sin los que jamás podrian desempeñar sus delicadas funciones, si tambien otros indispensables hoy, y que como ramos del saber humano, tanto cultiva la sociedad actual. Trabajaremos incesantemente para que la disciplina interior, que lleva en sí misma las disposiciones convenientes para la asidua aplicacion al estudio, observando el orden, estado y tiempos que la misma establece, sea una verdad práctica; así como la sumision, respeto y obediencia á los superiores, la divisa de nuestros Seminaristas.

Como no puede darse verdadera ciencia si no está cimentada en el santo temor de Dios, puesto que la terrena infla y enorgullece, no escasearemos en la parte espiritual cuanto consideremos necesario y prudente, con el saludable fin de acostumbrarlos á la piedad cristiana, que han de trasmitir despues á los fieles, acompañada del buen ejemplo y prácticas de sólida devocion. Intimamente convencidos, por una dolorosa esperiencia, de que la falta del culto exterior produce en los corazones de los fieles la aridez y sequedad, por carecer del

jugo religioso que en sí contiene, conduciéndolos insensiblemente, no ya á la apatía y frialdad, sino al indiferentismo en materia de religion, les inculcaremos de continuo la necesidad de reinstalar las confraternidades que el trascurso del tiempo ha obscurecido; de fomentar las asociaciones que por falta de actividad se hallen paralizadas; y aun aconsejaremos con toda eficacia el establecimiento de otras piadosas que, atendidas sus condiciones locales, crean útiles, pero muy especialmente aquellas que tienen por objeto el culto y veneracion de Maria Santísima, nuestra amabilísima Madre. Últimamente, conociendo bien cuánto esmero y cuidado reclaman los Seminarios en las actuales circunstancias, en que los consideramos como el mejor preservativo para el porvenir, porque de ellos han de salir buenos y perfectos Sacerdotes, que con su virtud é instruccion han de dirigir á la sociedad en la difícil ciencia de su salvacion eterna; y teniendo presente lo que sobre los mismos dispusieron los Padres reunidos en Trento, nos proponemos ejecutar literalmente lo establecido por los mismos, bien persuadidos, que así y no de otro modo podrá conseguirse el laudable fin que en su ereccion se propusieron.

Fundadas nuestras esperanzas en los jóvenes que hoy se educan para el Santuario y ser mañana nuestros cooperadores en bien de las almas, cuidaremos de saber, con certeza y en cuanto humanamente pueda saberse, la vocacion de los que con el tiempo han de aparecer como ejemplares de buenas obras y sin mancha que pueda empañarlos; porque, amados hermanos, de ella pende la felicidad ó desgracia de los Sacerdotes, y Nos, deseoso del mejor acierto en esta materia, y de no ser responsable ante el Supremo Juez por haber impuesto nuestras manos sobre los indignos, rechazaremos al que lo sea,

así como merecerán nuestra consideracion y aprecio los que por sus progresos en la virtud, sus adelantos en las ciencias eclesiásticas, su buena conducta y loables costumbres se hagan dignos de pertenecer al estado Sacerdotal: sin que influyan en Nos para premiar la virtud y la ciencia, ni las posiciones elevadas, ni las recomendaciones officiosas, ni los influjos, ni las riquezas, puesto que en igualdad absoluta de circunstancias, los mas pobres, los desvalidos y los huérfanos, tendrán en nuestro corazon un lugar preferente á los demás.

Conocidos ya de todos vosotros, amados hermanos, los medios que con la gracia de nuestro buen Dios hemos de poner en accion con el fin de salvar nuestras almas, única cosa que ambicionamos, y para la que hemos sido destinados por la Providencia, justo es que vosotros no susciteis obstáculos que impidan bien tan incalculable, y que vuestra sumision, respeto y obediencia á las disposiciones de vuestro Prelado sea la marca distintiva que os dé á conocer en todas partes. En él encontrareis siempre un Padre, que amoroso os acogerá en cuantas ocasiones le busqueis; dispuesto le hallareis á todas horas para remediar vuestras necesidades espirituales, y aun las temporales que le sea dado, enjugar vuestras lágrimas, dulcificar vuestras amarguras, y ayudaros eficazmente para que consigais vuestra eterna felicidad. Para ello ruega ya diariamente por vosotros todos en el santo sacrificio de la Misa, y os pone bajo el amparo y especial proteccion de Maria Santísima en el adorable misterio de su Inmaculada Concepcion: por eso la hemos elejido por nuestro escudo de armas, para que os sirva de defensa en las continuas y encarnizadas luchas que habeis de sostener contra los enemigos de vuestras almas, de amparo y consuelo en las aflicciones y penas con que la divina Justicia puede castigaros por

vuestros pecados, y de sostén y apoyo en cuantas vicisitudes podais encontraros en la carrera de vuestros dias. A la sombra de este esmaltado blason ponemos igualmente á nuestro amado Clero, para que sea sostenido en las laboriosas tareas de su ministerio, y con sus trabajos apostólicos dé muchos dias de gloria á la Iglesia y al Estado. Tambien lo hacemos con las vírgenes del Señor, esa porcion escogida, gloria y ornamento de la Religion, que con sus fervientes y puras oraciones elevadas al trono del Cordero, detienen la mano airada de sus castigos, é impiden sea derramada sobre la humanidad la copa de su indignacion, para que confirmándolas en la perfecta observancia de sus votos solemnes, progresen de virtud en virtud, hasta que orladas sus sienas con vistosas coronas, y llevando en sus blancas manos las palmas de su triunfo, entonen el cántico alegre de su victoria. De una vez, toda la diócesis sin distincion de clases y condiciones, de sexos y edades, queda entregada desde este dia en manos de la Inmaculada Madre de Dios: correspondedla todos con la ternura filial que reclama, y no mancheis la nobleza de este esclarecido timbre con actos contrarios que tan inapreciable filiacion detesta. Permitidnos que al terminar esta nuestra carta, os recomendemos dos objetos dignos de ocupar nuestra atencion como católicos y como Españoles.

Abrevado de amargura el supremo Pastor de la Iglesia, nuestro Santísimo Padre Pio IX, y alimentado dia y noche con el pan de la tribulacion y angustia, sostiene hoy con el heroismo propio de un mártir la desigual pero encarnizada lucha contra los poderosos enemigos de la Iglesia y de la sociedad, ávidos de arrancarle sus imprescriptibles derechos: y aunque no dudamos es deudor de la invicta fortaleza con que sella todos sus actos á la visible proteccion de Maria Santísima en el misterio de

su Inmaculada Concepcion, nuestro deber como católicos é hijos de la Iglesia, es pedir incesantemente sea sostenido en el combate, y dirija con acierto la navecilla de Pedro, para que sosegada la furiosa tempestad que la agita, libre de los escollos que la amenazan, y asistido siempre de la Madre Virgen, acredite en su persona una vez mas, que jamás las fúrias del infierno prevalecerán contra ella. No os olvidéis de dirigir tambien, como Españoles, vuestras plegarias á la Madre de Dios en favor de nuestra escelsa Reina Doña Isabel II, que tantas y tan esclarecidas pruebas ha dado de acendrada y cordial devocion á la Reina de cielos y tierra, para que iluminándola y asistiéndola, dirija con acierto á la nacion confiada á su cuidado; y cubierta, como toda la Real Familia, con el manto protector de la Inmaculada María su nombre sea enaltecido por sus hijos los Españoles. Finalmente, acordaos de vuestro Pastor, que os desea toda clase de felicidades, y como presagio de ellas os bendice con la mas tierna efusion de su corazon, en el nombre del Padre ✠, y del Hijo ✠, y del Espíritu Santo ✠.

Dada en nuestro Palacio episcopal de Plasencia, dia de la Dominica *in Albis*, 3 de abril de 1864.

GREGORIO MARIA, *Obispo de Plasencia.*

Por mandado de S. S. I. el Obispo mi Señor,  
Francisco Pacheco y Caballos.



Al describir en el número anterior de nuestro Boletín, las ovaciones de que fuera objeto el Ilmo. Sr. Obispo de esta Diócesis á su entrada en la Capital, omitimos intencionalmente hacer una reseña de las manifestaciones de júbilo, que el Profesorado y alumnos de este conciliar, dieron en tan solemnes momentos: la escena fué tiernísima y merecía de nuestra parte que hicieramos de ella especial mencion.

Sabido por el dignísimo Rector del Seminario, que S. S. I. verificaria su entrada á las cinco de la tarde del 21 de Marzo, dispuso que los alumnos acompañados de sus respectivos Catedráticos y Presidentes, se colocaran junto á la hermita de Santa Teresa, extra muros de la ciudad. Eran las tres y ya se encontraba la corporacion en el lugar indicado, esperando ansiosa la llegada de su Pastor ilustre: allí permaneció inmóvil á pesar de la crudeza del dia, y los continuados aguaceros que de tiempo en tiempo derramaban las nubes sobre ella, mostrando cada uno en su semblante, el deseo en ser el primero que saludara á su Pontífice querido. Así aconteció en efecto; al asomar la comitiva que desde el inmediato pueblo de Malpartida acompañaba á S. S. I. los seminaristas se adelantaron con el mayor orden y compostura, y abriéndose en dos filas, dieron paso al carruaje que conducia á aquel en quien tienen cifradas sus esperanzas. Al ver S. S. I. el nuevo plantel que la Providencia destina á producir flores odoríficas en el campo de la virtud y el saber, no pudo menos de sentirse conmovido; y fijando en ellos una mirada paternal, les dió su bendicion Apostólica, interesando de tal modo aquella escena á la corporacion, que se vió deslizarse mas de una lágrima por las mejillas de aquel Profesorado ilustre. Siguiéronle á la Catedral; oraron allí con su nuevo Antiste, y acompañándole hasta las escaleras del Palacio Episcopal, besaron sucesivamente el anillo de su Pastor recibiendo de nuevo sus bendiciones.

Al siguiente dia 22 de Marzo, asistió el Seminario en corporacion, segun costumbre, á la solemne entrada que S. S. I. hizo en la Iglesia Catedral, y terminada que fué tan augusta ceremonia, llamó á sí á la estudiosa juventud, y con frases elocuentes y sencillas, llenas de espresion y sentimiento, los exhortó á la virtud y la ciencia, sin las cuales es imposible al sacerdote, llenar la mision que su divino maestro le confia. Deseando ellos á su vez dar á S. S. I. una prueba del respeto y cariño, que hácia sus Prelados les distingue, lo han hecho en varias felicitaciones poéticas, tanto en el rico y sonoro idioma del Lácio, como en el no menos galano de nuestro suelo. Quiera Dios sepan estos jóvenes con su aplicacion y virtudes, corresponder á las muchas deferencias, que S. S. I. acaba de manifestarles.

ADVENTUS PRIMUS

ILMI. D. D. GREGORII MARIA AB LOPEZ AC ZARAGOZA

IN SUAM PLACENTINAM ECCLESIAM XII KAL. APRILIS.

ANNO MDCCCLXIV.

SEMI-  
NARI-  
UM-  
GREGORIO-  
ANTISTITIDI-  
CAVIT.

tridore alta petunt nitrata, per aëra purum  
mittunt tonitrus; consecrati fragor æris  
entes arrectasque aures pridem residentes  
nduxit linnitu; confusæ sonus urbis  
otæ jam mutæque quietis possidet oram:  
d cœmeteri partem numerosa caterva  
umore insolito prolabitur: etsi aquilonis  
ntonet ira furens, fundatque é nubibus imbres.  
nanimè amplus lætitiæ sonus attingit astra.  
otus hic assiduus ? Quid amabo prædicat? Omen  
ratum faustumque. Advenit ingressurus iamjam  
ector legitimus, qui orvas insomnis oves in  
recto lateque virenti gramine pascat:  
estans laureola sublimi tempora cincta  
b cœleste carisma; ardenti ex dogmata Christi  
adicari imè studio super ælera nolus.  
nfixa emicat ejus stemmate *Virginis* icon  
plimæ et intemeratæ, *conceptæ sine labe*;  
st, quæ æternum enixa Deum sub carne labenti,  
ostrum ejusdem agnomine Gymnasium decoravit.  
antumne huiccinæ Christi Athletæ religionis!  
ngens uret amor me jam cognoscere quale  
acrum os ac habitus nitidus; quem conspice portas  
andem adventantem. Eia age festinemus ad illum,  
mmensum passis ulnis hodie excipimus,  
olo pectore demum ante ipsum poplite flexo  
*nelyte Pastor*, salve, iterum salvere dicemus.  
a nobis, suavis proles tua, fausta precari,  
ntegri munus fungentes qui upilionis  
um educamus oves olim ex lethalibus herbis,  
b nostris septis hostem, *Te Præsule*, trucem  
ellemus procul; ætatis quoad curriculo acto  
ngressi cœlestem Hierosolymam, celebrantes  
u et Nos cum JESU lætemur perpetuo ævo.

N. V. P. T.